

La educación, el arte de despertar

por Juan Luis LORDA
Universidad de Navarra

1. Introducción: un punto de partida y dos principios ocasionales

1.1. *El punto de partida: educar es un milagro*

La Educación es una de las artes más nobles de la vida humana, porque trabaja con lo más noble que hay sobre la tierra, que son las personas. Pero no se puede apreciar lo que la educación tiene de arte, hasta que no se alcanza con la experiencia una convicción íntima: educar es un milagro.

Cualquier consideración que se sitúe por debajo de ésta tenderá a pensar la educación como un tipo de producción o una técnica de propaganda política, de marketing comercial o, en definitiva, de condicionamiento. No se pondrá a la altura real de la tarea, y, por tanto, desconocerá sus recursos más propios. Realmente, educar es un milagro, un milagro natural si se quiere, pero un milagro. Porque entre los múltiples límites de la materia se levantan, como algo totalmente inesperado, las fascinantes capacidades del espíritu, con un formidable despliegue.

De un pedacito de carne que ha nacido pesando unos pocos kilos, en unos años realmente mágicos se despierta una conciencia capaz de crecer y abrirse al mundo y de adquirir el depósito de la cultura humana; que, a su vez, es el mejor fruto de ese milagro, de esa actividad creativa, inesperada y fantástica propia del espíritu. El que no se asombre de esto no ha pisado todavía el umbral de la sabiduría humana y no ha entrado en ese templo de milagros naturales que son las Humanidades. Hasta que no se ven las cosas así, no se está a la altura del tema, y tampoco se está a la altura de las personas que son el sujeto y no el objeto de la educación.

1.2. *Primer principio: el reto de la educación no es enseñar, sino aprender*

En esta última frase, ya se ha adelantado un principio general de toda la tarea educativa: que las personas son el sujeto y no el objeto de la educación. La palabra «objeto» merecería una detenida consideración, pero aquí sólo nos interesa alguno de sus usos.

La peculiaridad de la educación consiste en que lo que tenemos delante no es un objeto y que, precisamente para educar, no puede ser tratado como un objeto. Puede ser tratado como un objeto en la fotografía o en la peluquería; porque el fotógrafo y el peluquero actúan como los protagonistas de la acción que se realiza sobre la persona. Es el fotógrafo quien captura la imagen, y el peluquero el que corta el pelo. La persona asiste pasivamente a lo que se realiza en relación con su cuerpo. Pero en la educación sucede que esa persona tiene que ser realmente el sujeto y el protagonista de la acción. Y esto no es algo secundario, como un adorno, sino precisamente la clave de la educación. No se hace algo sobre alguien; sino que se crean las condiciones para que alguien haga algo: precisamente, aprender. Educar no es meter en la cabeza de una persona un conjunto de conocimientos, sino crear las condiciones para que esa cabeza encuentre el saber y lo asimile libremente en su mente y en su vida.

Aprender es, por un lado, instruirse, adquirir conocimientos; y por otro, desarrollarse como persona. Son las dos dimensiones clásicas de la educación: la formación de la inteligencia y la formación del carácter o de la personalidad, que, en el fondo, es la educación del corazón, del sistema de preferencias y de amores; y también de los hábitos propios de la convivencia humana.

Se puede decir que el educador es protagonista solo en la preparación, en la medida en que dispone el entorno y facilita las condiciones de la educación; pero el verdadero protagonista del aprendizaje

es siempre el educando, el alumno, el discípulo: tal como es, como sujeto, como persona, con toda la profundidad y la dignidad que esto significa. Y también en la situación real en la que se encuentra: con distintas capacidades, según su edad y, por supuesto, con toda la mediocridad que inevitablemente acompaña a cualquier vida humana.

Por eso, el reto de la educación no es enseñar, sino aprender. Este cambio de acentos de la acción de enseñar a la acción de aprender pone la atención donde debe estar. Si la pregunta es *cómo vamos a enseñar* podría parecer que se trata de que el profesor adquiera nuevas técnicas o que establezca un conjunto de recetarios o de protocolos para su acción. Pero si la pregunta es *cómo van a aprender*, nos ponemos en la tesitura de apreciar ese arte, que es el arte de educar. La técnica trabaja con cosas, pero el arte de educar trabaja con personas que actúan como personas, con su inteligencia, voluntad y afectos.

1.3. Segundo principio: una inmensa acumulación de acciones imperfectas

No faltan quienes defienden que la enseñanza universitaria debe ser mucho más activa. Sin negarles razón, no comparto plenamente su punto de partida, en lo que supone de ataque directo a la clase magistral, la que imparte el profesor que habla «desde la cátedra».

Este tipo de clases es, en realidad, la base permanente de la enseñanza universitaria y también de la secundaria, desde su mismo origen. Y a pesar de sus

evidentes límites, es muy difícil de sustituir. Pero no vamos a entrar en este asunto, sino en el motivo de mi discrepancia. Quienes las denostan proponen hacer memoria y plantearse honradamente, ¿en qué clase magistral, en toda mi vida, realmente he aprendido algo? Cualquiera que se haga esta pregunta, probablemente llegará a la conclusión de que no recuerda ninguna clase magistral en la que realmente aprendiera mucho. Algunas clases llegaron quizá a gustarle o emocionarle, y le dejaron algún recuerdo más o menos vivo o borroso. Muchas sirvieron para saber en qué parte del programa estábamos o nos dejaron la impresión de que había que consultar algo en un libro.

Desde luego, el profesor que imagina la clase magistral como la transmisión ordenada de un gran volumen de conocimientos de su cabeza a la del oyente, no se acuerda de su propia experiencia: de la errabunda atención de los alumnos, y de sus carencias de comprensión de vocabulario y de contexto, por no hablar de las divagaciones y saltos lógicos del profesor. Desde luego mejoraría su docencia si lo tuviera en cuenta; del mismo modo que el que tomara conciencia de que una comunicación por teléfono es intermitente, desarrollaría mejores técnicas para transmitir su información y conseguir que el interlocutor –verdadero protagonista– se enterara mejor.

Hay que admitir la enorme proporción de ineficacia de la clase magistral. Pero la cuestión no es ésta. Es que, si analizamos con el mismo criterio de utilidad el resto de las tareas educativas, el resultado sería muy parecido y bastante descorazonador: ¿Qué aprenden los alumnos normales

haciendo un trabajo sobre un libro, una exposición en clase, una visita cultural, o una «investigación» en Internet? Los alumnos excepcionales aprenden en cualquier circunstancia y con cualquier tipo de actividad, y ciertamente, merecen una atención especial. Pero el resto, la mayoría, aprende muy poco, porque cualquiera de estas tareas se realiza, generalmente, en condiciones precarias, fragmentarias y erráticas; y en definitiva, imperfectas, muy lejos de los ideales presentados por ciertos expertos en educación que parecen no haber dado nunca una clase a un curso normal de alumnos reales.

Ante esta consideración caben dos opciones. Una, trágica, que es señalar la miseria de la condición humana, en uno de sus aspectos, por cierto, más inofensivos. Otra, que es la que nos interesa, es aceptar la limitación de las acciones educativas; y comprender, con sano realismo, que la educación se consigue, imperfectamente, con una inmensa acumulación de acciones imperfectas. Esta es la paradoja: que un milagro tan fascinante se produzca en medio de una actividad tan marcada, habitualmente, por la mediocridad. Pero esta consideración no es una especie de sabotaje o una invitación al desánimo. Todo lo contrario: devuelve a cada acto educativo su genuino valor y dimensión, y su condición de arte. Hay que aceptar que cada clase, cada exposición, cada trabajo y cada visita, resulta imperfecto y quizá poco eficaz considerado aisladamente. Pero, con una inmensa acumulación de acciones imperfectas, se produce el milagro de la educación. Un milagro imperfecto, porque ninguna persona llega a ser perfecta, pero un milagro, porque llega a ser una persona.

¿Qué consigue una madre cuando dice a su niño «no te metas el dedo en la nariz» o «di gracias»? En cada caso, prácticamente nada. En cambio, con una incesante, amorosa y más o menos oportuna repetición, consigue que su hijo no se meta el dedo en la nariz, al menos en público; y que intente dar gracias cada vez que le prestan un favor. Incluso algo más: quizá consiga que su hijo se impregne, como por ósmosis, de los motivos estéticos y sociales que están implícitos en esos mandatos.

Este resultado ¿merece tanto esfuerzo y tan agotadora repetición? En la respuesta a esta pregunta se juega la vocación del educador y la idea que tiene de la nobleza de su arte. El que no tenga la fuerza y la humildad para decir que vale la pena, que está dispuesto a afrontar la imperfección de los medios para intentar la mayor perfección de los fines, es mejor que se dedique a otras tareas visiblemente más eficaces. Desde luego, logrará efectos mucho más rápidos y patentes si trabaja con la estolidez de la madera que con la inteligencia de las personas, pero ¿qué vale más?, ¿qué material es más noble?, ¿qué tarea supone un reto mayor? y, al final, ¿qué es más apasionante?

2. Salvar a Mozart

Saint-Éxupéry puede considerarse un éxito de educación, porque desarrolló muchas y notables cualidades humanas, que le han dado un puesto de honor en la historia de la literatura; aunque cualquier acercamiento a su biografía o a las memorias de Consuelo (2001), su mujer, demuestran que no era perfecto y que muchas de las cualidades que brillaban en su espíritu no siempre brillaron en su vida.

Pero aquí sólo nos interesan aquellos aspectos en los que fue mejor. Y uno de ellos es su admirable captación de las cualidades humanas, y su capacidad de mostrarlas literariamente con el recurso a las experiencias de su vida y su fino análisis. Y no siempre eran experiencias extraordinarias, como las de su vocación de piloto en aquellos primeros tiempos, balbucientes, heroicos y, gracias a él también poéticos, de la aviación.

En una ocasión –lo cuenta en *Tierra de hombres*– viajaba en tren por los inmensos arrabales de París. Por la fecha y por la hora coincidió con una multitud de emigrantes del Este que volvían a sus casas, con lo que habían ganado en Francia, con sus enseres y, especialmente –Saint-Éxupéry se fija en eso– sus cacerolas. Eran gente trabajadora, de tiempos difíciles, familias de rostros rudos, mal vestidos y quizá tampoco demasiado limpios. A Saint-Éxupéry le llamó la atención el rostro de un niño pequeño que se acurrucaba entre una pareja y dormía.

«Al ver su frente lisa y el dulce mohín de su boca, me dije: he aquí el rostro de un músico, el de Mozart niño, he aquí una bella promesa de vida; los principitos de las leyendas no se diferenciaban en nada de él. Protegido, acompañado, cultivado, ¿qué no llegaría a ser? (...), pero no hay jardineros para los hombres» (Saint-Éxupéry, 2000, 219).

Y concluye: «Lo que me atormenta no es la miseria (de los hombres), en la que, después de todo, uno se instala igual de bien que en la pereza (...). Lo que me ator-

menta no es esta (...) fealdad. Es un poco en cada uno de estos hombres, Mozart asesinado» (Ibid.). En definitiva, le apenaba la falta de oportunidades culturales para aquel niño.

Podemos unir a esta experiencia literaria otra antropológica, más radical, la de los llamados «niños salvajes» *-feral children, enfants sauvages-* (Malson, 1964). Desde hace tres siglos, está recogida y estudiada la situación de niños que se han criado entre animales y fuera del entorno humano. Son muy pocos los que han logrado sobrevivir y las condiciones son difíciles de analizar. Pero hay una conclusión clara: si una persona no es hablada –no tiene contacto con el lenguaje humano– a tiempo, no aprende a hablar. El habla es una dotación natural del hombre, pero solo se despierta –un milagro natural– en contacto con otros hombres. Y lo mismo se puede decir de las demás dimensiones del espíritu humano. Necesitan un entorno, rico en humanidad, para que despierten.

Esto recuerda la famosa e intencionada poesía de Bécquer:

«Del salón en el ángulo oscuro
de su dueña tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo,
veíase el arpa.
¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas,
como el pájaro duerme en las ramas,
esperando la mano de nieve que sabe
arrancarlas!
¡Ay! –pensé– ¡Cuántas veces el genio
así duerme en el fondo del alma,
y una voz, como Lázaro, espera
que le diga: ‘levántate y anda’»
(2009, Rima VII).

El genio de cualquier hombre está allí, en el fondo del alma, pero necesita una voz que lo despierte: «Levántate y anda». La está esperando sin saber; como la Bella Durmiente esperaba el beso de un Príncipe Azul que la sacara de su letargo y la devolviera a la vida (Perrault, 2000).

El arpa interior no puede sonar hasta que alguien la despierta de su letargo. Todas las dimensiones del espíritu, y no sólo el habla, necesitan ser despertadas para que se desarrollen. Lo mismo se aplica al dibujo, que al gusto por las matemáticas. Por eso, antes que nada, educar es despertar, hacer despertar las dimensiones del espíritu humano para que se desarrollen. Y esa es una de las interpretaciones de la etimología de la palabra «educar»: educir, sacar de dentro. Pero no se saca mecánicamente como se extrae el carbón de las minas, a base de excavar. Se saca estimulando y guiando, porque lo que se despierta –ahí está la maravilla– es un ser libre, un sujeto autónomo y creativo por sí mismo; aunque todavía no puede serlo del todo, porque no se le han desplegado las alas.

Lo más bonito del arte de educar es llegar al núcleo misterioso de la conciencia, al arpa interior, lograr que entre en resonancia con los valores de la cultura, que vibre y despierte. De este modo se desarrollan cada una de las dimensiones espirituales y misteriosas de la persona humana.

3. Los bienes invisibles

¿Y cuáles son estas dimensiones? ¿Cuáles son los aspectos de la conciencia humana que la educación tiene que

despertar? ¿Cuáles son, en definitiva, las cuerdas del arpa interior que pueden entrar en resonancia y vibrar? Estas dimensiones sólo las conocen los que las han cultivado, los que se han dedicado verdaderamente al cultivo del ser humano. Eso es, precisamente, el humanismo. Hay humanistas clásicos, como Sócrates, Platón, Séneca o Cicerón, y en el Oriente, Confucio. Hay humanistas medievales, como Santo Tomás de Aquino; renacentistas, como Juan Luis Vives o Tomás Moro; y modernos, como J. H. Newman, Gabriel Marcel o Dietrich von Hildebrand, por citar sólo algunos ejemplos.

Es un terreno donde la experiencia no se puede sustituir con abstracciones o, peor aún, con ideologías, de las que están demasiado llenos los proyectos educativos y también la historia de la filosofía. Las ideologías tienden a convertir la educación en condicionamiento, porque no respetan la libertad del educando. Y las grandes abstracciones educativas, cuando intentan aplicarse, se convierten en programas y técnicas controlables, olvidando que la educación es, esencialmente, un arte.

El principio fundamental y clásico de todo gran arte es la imitación. Se aprende imitando a los que saben y copiando lo bueno. Y esto también se aplica al arte de educar. Si la humanidad hubiera empezado ayer a caminar, habría que improvisarlo e inventárselo todo. Pero si tenemos tantos siglos de experiencia, ¿no es lógico echar la vista atrás y copiar lo bueno antes de improvisar una ocurrencia o guiarse por la cosmovisión que alguna gran cabeza ha compuesto encerrada en su despacho y, muchas veces, también en sus prejuicios?

El problema de las dimensiones del arpa interior es que son invisibles. Por eso, es frecuente una dramática reducción. Para el conjunto de la educación está claro que hay que transmitir conocimientos. Esto es evidente. Es la parte más «visible» de la educación. Pero no se puede olvidar la otra parte, de la que ya hemos hablado: formar la persona; que es crear las condiciones para que despierten las grandes dimensiones del arpa interior y se desarrollen. Podemos ordenar esas dimensiones de acuerdo a la hermosa teoría clásica de los trascendentales del ser: la verdad, el bien y la belleza.

3.1. *El área de la verdad*

El área de la verdad del arpa interior abarca muchas dimensiones. En primer lugar, una persona cabal, bien formada o configurada como persona, necesita desarrollar un compromiso personal con la verdad, que no es sólo amor al saber. Antes es amor a que la vida y la palabra se acomoden a la verdad, esto es la veracidad que supone, como contrapartida, el horror a la mentira y al fariseísmo. Toda verdadera educación humanística empieza por aquí.

El amor por la verdad se extiende después a todos los saberes de la humanidad aunque, como es lógico, por afinidades o intereses se cultiven más unos que otros. Y este amor al conocimiento debe ir unido a una aguda conciencia de la necesidad de método en lo que se recibe y en lo que se hace. Esto es el sentido crítico o, por decirlo con palabra castellana más sabrosa, el criterio.

Y también es interés, más general todavía, por todos los frutos de la cultura de la humanidad y por su vehículo principal, que es la lengua, instrumento de conocimiento y de diálogo. No deja de llamar la atención el profundo aprecio que todos los humanistas hasta el día de hoy han tenido por la lengua. Es también conocimiento de las inspiraciones y los recursos de la vida intelectual.

3.2. *El área de la bondad*

El área de la bondad incluye el compromiso personal con lo que es bueno y justo como inspiración de toda la conducta. Desde que Aristóteles definió, de manera simple y fenomenológica, el bien como «lo que todos apetecen» (1990, I-1094, a3), está claro que la definición de bien tiene que ver con el atractivo plural que recibe la sensibilidad humana. Esta multitud de atracciones muestra que existe una amplia escala de bienes, según la relación que guardan con el variado espectro de las necesidades y aspiraciones humanas.

Los distintos bienes despiertan distintos amores, que es necesario ordenar. En la educación hay que ayudar a calibrar el amor que merece la comida, la bebida, el deporte, la evasión; el que merecen las aficiones y gustos; el que merecen las responsabilidades y obligaciones; el que merecen los padres, los hijos y los hermanos; el que merecen la sociedad y los grandes ideales humanos. El humanismo consiste en poner orden y medida, de acuerdo con la experiencia de la humanidad, que es muy rica en este campo. Es cuestión de establecer preferencias. San Agustín definía la virtud o perfección humana como el «*ordo amoris*», el orden de los amores.

Mientras que la instrucción es una dimensión casi evidente para nuestros patrones educativos actuales, todo este amplio espectro de los amores humanos y del orden que merecen, es prácticamente desconocido. Y, sin embargo, para los humanistas clásicos, era más importante ordenar el corazón que ilustrar la cabeza.

3.3. *El área de la belleza*

Hay un área específica de la conciencia humana que se refiere a descubrir, gozar o también crear lo bello. La vida lleva consigo un compromiso con la belleza, empezando por el respeto y la contemplación de la naturaleza; por el aprecio hacia los grandes frutos del arte de la humanidad; y también hacia los pequeños frutos, más ordinarios que nos rodean y que hay que agradecer, porque son fruto del interés de otros. Por el buen gusto que uno procura crear a su alrededor para hacer ambientes más humanos y más acogedores y estimulantes.

Hemos heredado una dilatada experiencia plasmada en las Bellas Artes, en las Artes Decorativas, y en todas las expresiones del estilo, desde la moda hasta el diseño industrial. Además, hay una dimensión estética particular que podríamos llamar: estética moral. Consiste en tener una alta idea de la dignidad y belleza de la vida humana; el aprecio por lo que es noble y la repugnancia hacia lo que es innoble. Se trata de despertar el aprecio por lo que es la dignidad humana y también por vivir de acuerdo con esa dignidad. Sentirse ofendido ante los ataques y rebajas de esa dignidad; y tener como ideal una vida digna. En esto ayudan mu-

cho los grandes ejemplos. Y, desde luego, es uno de los grandes campos de la educación clásica (Musaio, 2013).

4. Despertar el sistema de preferencias

Educar, para Platón, era, sencillamente, educar el gusto; es decir; el aprecio de lo bueno y el disgusto por lo indigno. Pero no pensemos que esta educación del gusto consiste en una exquisitez que tiende al sibaritismo, se trata de despertar profundas tendencias de aprecio y desprecio en el fondo del espíritu hacia los grandes bienes que hemos mencionado.

Así lo recuerda Aristóteles: «La virtud moral, en efecto, se relaciona con los placeres y dolores, pues hacemos lo malo a causa del placer, y nos apartamos del bien a causa del dolor. Por ello, debemos haber sido educados en cierto modo desde jóvenes, como dice Platón, para podernos alegrar y dolernos como es debido, pues en esto radica la buena educación» (1990, II, 3). Es decir, el núcleo de la buena educación consiste, sencillamente, en educar el gusto, despertar el gusto por lo bueno y el disgusto por lo malo en todo el espectro de los bienes.

Si la perfección humana, según San Agustín, consiste en el orden de los amores, el núcleo de la educación tiene que consistir en despertar y levantar los grandes amores, y lograr que prevalezcan sobre los demás. Asimismo, Ortega y Gasset decía que el corazón (la afectividad) es un «sistema nato de preferencias y desdenes» (1964, 135), y Max Scheler (1966) en un libro que tiene como título la frase de San

Agustín –*Ordo amoris*– señalaba que el perfil de una persona, de una sociedad o incluso de una civilización se define por el «orden de sus amores», por el orden de sus preferencias.

La tradición cristiana tiene una idea muy viva de los conflictos entre los amores. Percibe una separación íntima y profunda entre la sensibilidad y el espíritu que produce un sinfín de conflictos interiores; y declara que es el efecto más visible de pecado original. Toda persona arrastra un conflicto interior entre lo que ve que debe hacer y lo que le gustaría hacer, y lo que le aparta de hacerlo. Cada ser humano desarrolla su propia lucha por hacer prevalecer lo que es justo por encima de lo que le apetece o lo que supone una ganancia para su egoísmo o su ambición. Y en esto consiste la vida moral: allí se juega la dignidad de cada ser humano y su realización como persona.

Al final, la vida del ser humano se mide por su «dedicación» a los amores, por cómo ha repartido su tiempo y energías entre los distintos amores. El papel de la educación es despertar todo este abanico de amores y lograr que se ordenen. El estado final depende de la libertad de cada uno; pero toca a los educadores despertar y desarrollar cada una de las dimensiones. Estas se forjan principalmente en la edad juvenil y se afianzan o se destruyen a lo largo de toda la vida.

Y ¿cómo se logra despertar estos amores (y esas repugnancias)? Aquí tocamos la esencia de la educación, y hay que volver a recordar quién es el protagonista, quién se tiene que educar, que enamorar

de la verdad, la belleza y el bien. Se podría decir que se trata de un procedimiento «estético». Porque la belleza, según la expresión latina inspirada en Platón, es el *splendor veritatis* [1] el resplandor de la verdad que atrae y enamora. Hace falta, entonces, provocar una «epifanía» o manifestación del valor que cautiva y enciende ese primer amor juvenil que ha de desarrollarse a lo largo de la vida. Para ello, conviene tener en cuenta que:

a. A los jóvenes les cautivan, casi sin darse cuenta, los valores de las personas que los educan, si ante ellos tienen prestigio de rectitud. Se les transmiten así muchos aprecio y repugnancias como por «ósmosis». También los transmite el medio en el que viven: los adolescentes, con su personalidad insegura, son muy sensibles y vulnerables a las valoraciones del ambiente. Tienen pánico a quedar mal y desean estar dotados de lo que tiene prestigio en su medio. Hay que contar con ello, porque no basta explicar las cosas o dar buen ejemplo: es preciso crear también climas que apoyen.

b. El entusiasmo del profesor o del educador siempre ha sido un factor de primer orden para despertar las dimensiones interiores. El entusiasmo es contagioso; un profesor apasionado por alguna dimensión humana es como un fuego ardiendo que prende a su alrededor. Y esto sucede tanto en el caso del amor a las matemáticas como en el amor a la justicia.

c. Por último, desde que tenemos constancia, la educación se hace en

gran parte a través de ejemplos sabiamente administrados, que causan la admiración y el aprecio de los jóvenes. La enseñanza clásica usaba la literatura para suscitar imitaciones de heroísmo o de virtud. Y el gran especialista de la educación griega Werner Jaeger (1988, 12-14) repite que el ejemplo era el gran móvil de la educación clásica.

Es famosa la consideración de Plutarco: «La mente no se llena como un vaso, sino que, como la madera necesita una chispa, así se enciende el impulso de conocer y el hambre de la verdad» [2]. Pues bien, al educador le toca administrar estas experiencias, poner a cada uno en contacto con lo bueno, de tal manera que el fuego prenda. Todos los bienes del espíritu necesitan esa chispa que debe aportar el profesor; todas las cuerdas del arpa necesitan una mano exterior que las haga vibrar.

Al pensar en su vocación como poeta, Paul Claudel se quería ver «como un hombre con su cirio, que inclina, y enciende toda una procesión» (1967, Odas, V). Esa es la vocación docente; y eso es lo que tiene de arte.

Dirección para la correspondencia:

Juan Luis Lorda. Universidad de Navarra. 31080 Pamplona. Email: jllorda@unav.es

Fecha de recepción de la versión definitiva de este artículo: 14. II. 2014.

Notas

[1] «Pulchritudo est splendor veritatis» y también «splendor ordinis».

- [2] Está al final de su *Ars Audiendi*, en *Obras morales y de costumbres (Moralia)*, I, p. 193. Se suele usar en forma abreviada como un gran principio educativo: «Educar no es como llenar un vaso, sino como encender un fuego». Y se atribuye indistintamente al dramaturgo griego Aristófanes, al humanista francés Montaigne y al poeta irlandés Yeats. No lo he podido encontrar en los dos primeros; y consta que es falsa la atribución a Yeats. (<http://quoteinvestigator.com>): «The mind is not a vessel that needs filling, but wood that needs igniting». Sobre esto, IBÁÑEZ-MARTÍN, J. A. (2010) *¿Llenar el vaso o encender el fuego?* (Universidad Complutense. Facultad de Educación, Centro de Formación del Profesorado, Madrid).
- PLUTARCO (1992) *Ars Audiendi*, en *Obras morales y de costumbres (Moralia)* (Madrid, Gredos).
- SAINT-ÉXUPERY, A. (2000) *Tierra de hombres* (Barcelona, Emecé).
- SAINT-ÉXUPERY, C. (2001) *Memorias de la rosa* (Barcelona, Ediciones B).
- ORTEGA Y GASSET, J. (1964) *Estudios sobre el amor* (Madrid, Revista de Occidente).
- SCHELER, M. (1996) *Ordo amoris* (Madrid, Capparrós).

Bibliografía

- ARISTÓTELES (1990) *Ética a Nicómaco* (Madrid, Instituto de Estudios Políticos).
- BÉCQUER, G. (2009) *Rimas* (Madrid, Cátedra).
- CLAUDEL, P. (1967) *Oeuvre poétique* (Paris, Gallimard).
- IBÁÑEZ-MARTÍN, J. A. (2010) *¿Llenar el vaso o encender el fuego?* (Madrid, Universidad Complutense. Facultad de Educación, Centro de Formación del Profesorado).
- JAEGER, W. (1988) *Paideia. Los ideales de la cultura griega* (Méjico, Fondo de Cultura Económica).
- MALSON, M. (1964) *Les enfants sauvages* (Paris, Union Générale d'Éditions).
- MUSAIO, M. (2013) *Pedagogía de lo bello* (Pamplona, Eunsa).
- PERRAULT, Ch. (2000) *Todos los cuentos* (Alicante, Alfaguara).

Resumen:

La educación, el arte de despertar

La Educación es una de las artes más nobles de la vida humana, porque trabaja con lo más noble que hay sobre la tierra: las personas. Pero no se puede apreciar lo que la educación tiene de arte, hasta que no se alcanza una convicción íntima: educar es también un milagro. Este «arte milagroso» puede describirse como la capacidad del docente de despertar las potencialidades latentes en el educando para que éste pueda apreciar los bienes invisibles y poner orden en su sistema de preferencias. En este artículo se tratan de estas cuestiones, y de las tres grandes áreas que deben cultivarse en el arte educativo: las áreas de la verdad, la bondad y la belleza.

Descriptor: Educación, arte, aprendizaje, humanidades.

Summary:
Education, the Art of Awakening

Education is one of the noblest arts of human life, because it works with the most noble thing on earth: people. But it is not possible to appreciate education as an Art, until a person acquires the conviction that education is also a miracle. This «miraculous art» can be described as the ability of the teacher to awaken the latent

potential in the learner to enable him to appreciate the invisible goods and bring order to his or her system of preferences. This article deals with these issues, and the three major areas that must be looked after in education: the areas of truth, goodness and beauty.

Key Words: Education, art, learning, humanities.